

os olmos. En fin, Hammerstein, célebre por la hospitalidad que prestó en lo antiguo á Enrique IV.

Era á fines del año 1105. El habitante del antiguo castillo cuyas ruinas se ven todavía hoy, se llamaba el conde Wolf de Hammerstein, era el último de su raza, porque no habia tenido hijos varones, sino dos hijas tan lindas que se las llamaba las rosas del Rhin.

Pero lejos de calmar su dolor, las dos jóvenes condesas eran para su anciano padre objetos de eterno pesar, y hubiese dado dos por bonitas que fuesen, por un hijo, por feo que hubiese dispuesto Dios concedérselo, siempre que fuera valiente, y que pudiese transmitir noblemente á sus hijos el esclarecido nombre que recibiera de sus padres.

Así, cuando veia á sus hijas hilar con la rueca un lino mas fino que el hilo de la Virgen, ó bordar con aguja alguna tela de colores mas vivos, mas matizada y mas florida que sus prados en el mes de mayo, exclamaba colérico:

— ¿Qué haceis? ¿Es ese vuestro traje de boda?  
¿Qué haceis? ¿Es ese mi sudario de muerte?

Y sus hijas le respondian tiernamente y con lágrimas en los ojos, porque sabian el dolor que oprimia su corazon:

— Padre mio, no es mi vestido de desposada lo

que bordo, porque jamás me casaré, para estar siempre junto á vos.

— Padre mio, no es vuestro sudario de muerte lo que hilo, porque gracias á Dios, no corre prisa, todavía teneis muchos años de vida.

Una noche que el anciano conde estaba mas sombrío que de costumbre, porque habia una tormenta y el viento silbaba tristemente en sus antiguas torres, mientras la lluvia batia sus ventanas que de cuando en cuando iluminaba algun azulado relámpago, oyó llamar á la puerta del castillo, y se estremeció, tan extraordinario era que á aquella hora y con aquel tiempo, hubiese subido un viajero á tal altura cuando podia detenerse en la aldea; por su parte las dos jóvenes se pusieron en pié, alarmadas y temerosas. En aquel momento abrió un criado la puerta y dijo que un anciano pedia hospitalidad.

No bien lo oyeron salieron al punto las dos jóvenes á su encuentro, y no tardaron en entrar sosteniendo efectivamente en sus brazos un hombre de blancos cabellos y barba gris, cuyos vestidos caídos de agua y manchados de lodo indicaban que acababa de hacer á pié una larga caminata; las jóvenes no se habian informado de su condicion, y á pesar del grueso traje que le cubria, le habian hecho entrar en la mas hermosa habitacion del castillo; porque así era el conde de Hammerstein. Fuese cualquiera el huésped que recibia, el sitio de

honor en la mesa era su asiento; la cámara de honor era aquella en que estaba su lecho.

Wolf se adelantó hácia el anciano, mas cuál fué la admiración de las dos hijas del conde, cuando levantando su huésped la cabeza, vieron á su padre ante él con una rodilla en tierra!

— Luego me reconoces, Wolf, mi anciano amigo, dijo el viajero.

— ¡ Oh, emperador mio! dijo el conde, ¿ por qué habeis dejado vuestro palacio de Ingelheim ó de Colonia, qué fatalidad os ha sucedido que venís solo, á pié, á esta hora y con este tiempo, á llamar á la puerta de vuestro humilde siervo?

Y pronunciada por su padre la primera palabra, las jóvenes, viendo que el anciano á quien sostenian con sus brazos no era otro que el emperador Enrique IV, se habian alejado por respeto cada una de su lado, y le miraban con veneración.

— Lo que hay, mi antiguo porta-estandarte, respondió el viajero, es que no solo no soy ya ni rey ni emperador, sino que aun ayer todavía á estas horas, era yo prisionero, y hoy, lo cual no es mucho mejor, ya lo veis, ando fugitivo.

— ¿ Y quién es el que ha osado poner la mano en el hombre que es dos veces ungido del Señor?

— El que hubiera debido defenderle ante todos y contra todos, el que ha nacido de mi sangre, el que lleva mi nombre; ese es Enrique, ese es mi hijo.

Las dos jóvenes se cubrieron el rostro, el conde de Hammerstein dió un paso atrás, y el anciano emperador lanzó un gemido.

— Si, es mi hijo, continuó. Me escribió que estaba enfermo en el castillo de Klopp. Ya sabes cómo yo le amaba. No me aguardé el tiempo suficiente para que me acompañaran mis guardias; por otra parte, ¿ podia yo desconfiar de mi hijo? Monté á caballo y partí; caminaba de dia y de noche, rogando al Señor en todo el camino me quitase los pocos dias que me restan para añadirlos á los suyos. Al fin llegué; me esperaba una guardia, creí que era para hacerme los honores, ó mas bien no fijé mi atención en ello. Unicamente pregunté dónde estaba mi hijo; me señalaron con el dedo la cacería; subí sin desconfianza. Iba de habitación en habitación diciendo: « Hijo mio, hijo mio. » Y á medida que avanzaba, parecia que las puertas se cerraban por sí solas detrás de mí, y oía rechinar los cerrojos. Entonces sentí un estremecimiento en mi cuerpo, no porque tuviese miedo por mi cuerpo, sino que comenzaba á sospechar lo que pasaba, y temia por su alma. No me habia engañado: aquella carta que me habia escrito era un lazo. ¡ Desventurado, habia contado con mi ternura, y estaba prisionero!

— ¡ Un hijo, un hijo! murmuró el anciano conde.

Y las jóvenes retrocedieron aun mas y se colocaron en la sombra.

Así pasé quince días, creyendo á cada momento que iba á entrar y caer ante mí de rodillas. Y cada vez que se abría la puerta, extendía los brazos para estrecharle contra mi corazón. Al cabo de quince días se abrió lentamente mi puerta, y el soldado que me guardaba entró.

— ¿Qué quereis? le pregunté.

— Monseñor, me dijo, ¿oís ese ruido que viene de la ciudad?

— ¡Y bien! ¿quién hace ese ruido?

— Monseñor, son los príncipes eclesiásticos. La dieta de Maguncia precedida por vuestro hijo, os ha depuesto y le ha elegido; ahora él es el emperador, y viene al castillo de Klopp para buscar la corona, la espada y el globo que están en él depositados.

— ¿Has abierto mi puerta para decirme eso? le pregunté.

— No, señor, era para deciros que si temeis algo por vos mismo, yo sé un camino que os conduciría fuera de este castillo.

Miré á aquel hombre, cuyo rostro no me era desconocido.

— ¿Y quién eres tú? le pregunté, tú que ofreces su apoyo á aquel á quien su hijo hace traicion, de quien reniegan sus amigos, á quien el cielo olvida y la tierra abandona.

— ¿Quién soy yo? ¡Ah, monseñor! no soy mas que un pobre soldado que os vió ceñir en Worms la espada de caballero. Eramos de la misma edad, y vos teníais un aspecto tan altivo y guerrero, que juré unirme eternamente á vuestra fortuna. Era yo simple infante en las tropas de Zehving, cuando la revolucion de los Sajones os obligó á huir de la ciudad de Harsbourg. Yo era de vuestra escolta cuando atravesamos los Alpes para bajar á Italia, cuando el rey de los pastores os hizo esperar con los piés descalzos en la nieve, en el patio de su castillo de Canossa. Yo estaba en el combate de Mersebourg, y quedé herido en el campo de batalla.

Después me ha obligado la miseria á engancharme en las tropas maguncias, y Dios es sin duda el que me ha conducido hasta vos de esta manera. Porque el ver á mi emperador tan desgraciado, que no solo ha perdido su libertad, sino que acaso tambien ve amenazada su vida, me ha recordado mi juramento de Worms. Si quereis huir, os queda un guia; si quereis combatir, os queda un soldado.

— Gracias, le dije, consérvame esa adhesion para otros momentos y otras circunstancias; pero hoy no huiré.

— Sois mi emperador y mi amo, debo obedeceros, dijo el soldado: hágase, pues, vuestra voluntad, porque para mí, continuais en el trono.

Y dichas estas palabras, salió.

Apenas cerró la puerta, me dirigí á la habitacion donde estaban encerradas las insignias del imperio; me ceñí la espada de Carlo-Magno, coloqué la corona sobre mi cabeza, eché el manto sobre mis hombros y tomé el globo en mi mano; en seguida, oyéndolos entrar en la habitacion inmediata, salí á su encuentro. Al verme retrocedieron, porque esperaban encontrarme como un prisionero que suplica, y no como un emperador que manda.

— ¿Quién te envía aquí, Ruthor de Maguncia? ¿qué buscas en este castillo, arzobispo de Colonia? pregunté.

Y por un momento permanecieron mudos y con los ojos fijos en el suelo; pero Ruthor, mi antiguo enemigo, recobró al punto el uso de la palabra.

— Venimos á pedirte, dijo, lo que ya no te pertenece. La dieta de Maguncia te ha depuesto, la Iglesia te ha arrojado de su seno; vuélvnos lo que te está prohibido llevar, lo que pertenece á Enrique V; entrérganos esa espada, esa corona, ese manto, ese globo.

— Acercaos á cogerlo, les dije sonriendo, porque, lo confieso, no pensaba que se hubiesen atrevido á poner la mano sobre su emperador, pero Ruthor se arrojó sobre mí, y me arrancó el manto imperial; y los demás, animados por su ejemplo,

hicieron lo mismo, y me arrancaron el globo y la espada, mientras los caballeros que ocupaban las escaleras del patio hasta la puerta de la habitacion gritaban: ¡ Viva el emperador Enrique V, nuestro magnánimo soberano !

Aquella misma noche, me trasladaron al castillo de Ingelheim, y allí permanecí cinco meses prisionero, cuando un dia vi abrirse la puerta, y el viejo soldado de Klopp volvió á aparecer.

— Mi emperador, me dijo, otra vez tu fiel siervo viene á ofrecerte sus servicios. Esta noche estoy de guardia á tu puerta desde las diez hasta las doce; si quieres seguirme, te verás libre.

Acepté y le seguí; mas hace dos horas, que los soldados de mi hijo han entrado de repente en la aldea donde descansábamos un momento. Entonces, fiel hasta el último punto, el viejo soldado ha tomado mis vestidos y me ha dado los suyos, y mientras le perseguían, yo, á la luz de los relámpagos, he buscado tu castillo sabiendo que encontraría en él pan y un lecho.

— ¡ Monseñor ! ¡ monseñor ! exclamó el anciano conde, no os habeis engañado, porque el castillo y el castellano son vuestros.

Y diciendo estas palabras, le dió su mas hermoso traje y quiso vestirle él mismo; luego que estuvo vestido, le hizo sentarse á la mesa y le sirvió; en seguida, cuando hubo cenado, le condujo á su

habitacion, y veló á la puerta con la espada desnuda.

Al dia siguiente, cuando el emperador se habia marchado, llamó á sus dos hijas, las estrechó contra su corazon, y las dijo: sois dos ángeles del cielo, benditas seais.

Y jamás volvió á sentir que en lugar de dos hijas el cielo no le hubiera concedido un hijo.

Desde la isleta que está frente á Hammerstein, se descubre ya Audernach con su alta torre, esta es la antigua Antoniacum de los Romanos y una de las siete ciudades del Rhin tomadas por Juliano en su expedicion contra los Alemanes en 359. Su puerta romana y su alta torre datan probablemente de aquella época. Los reyes Francos tuvieron allí un palacio, desde cuyas ventanas, dicen los antiguos historiadores podian pescar en el Rhin. O los antiguos historiadores se engañan, ó el Rhin se ha desviado mucho de su antiguo curso, porque estas ruinas situadas al sudeste de la ciudad, están hoy próximamente un cuarto de legua del rio. En 1688, Audernach, como una parte de las ciudades del Palatinado, fué quemada por Turena.

Cuando estábamos examinando á nuestra satisfaccion y con el auxilio de los anteojos la antigua ciudad romana, nuestro timonel lanzó un grito de verdadera alegría que fué repetido por algunas personas de la tripulacion; acababa de reconocer á la

altura de Irrlich y dirigiéndose á nosotros, lo que se llama una gran almadía, es decir, una de las construcciones mas curiosas que los hombres han intentado hacer despues del arca de Noé.

Todos acudieron sobre cubierta.

La gran almadia bajaba majestuosamente por el Rhin, cuya corriente subíamos nosotros, y parecia una montaña de madera flotante. Podia tener de ochocientos á novecientos piés de largo y de sesenta á setenta de ancho. A medida que se acercaba á nosotros, distinguimos una aldea, una poblacion, rebaños. La aldea se componia de una docena de cabañas, la poblacion de setecientos ú ochocientos remeros y operarios, y los rebaños de unos treinta bueyes y mas de cien carneros trasportados por abastecedores. Al pronto me figuré eran los habitantes de alguna ciudad destruida que emigraban con armas y bagajes. Pero el capitan me dijo que era sencillamente una almadía que trasportaba madera de roble y de pinabete desde Maguncia á Dordrecht.

Como eran las seis de la tarde, es decir, la hora de cenar, no tardó en presentársenos un nuevo espectáculo. A las seis en punto, el piloto de la almadia dió un grito é izaron al extremo de un palo una gran asta; segun parece, esta era la señal de la hora de la comida; todos dejaron su trabajo, á excepcion del piloto y de una docena de hombres,

y con ayuda de largas varas, continuaban dirigiendo la enorme masa, aproximáronse todos con una cuchara en la mano á una enorme caldera que contendría como de ochocientas á novecientas raciones de sopas. Les deseamos buen apetito.

Si se quiere tener una idea de lo que es ese mundo que se llama una gran almadía, debe saberse que la poblacion que la habita consume de ordinario durante su trayecto por el Rhin, de cuarenta y cinco á cincuenta mil libras de pan, de diez y ocho á veinte mil libras de carne fresca, de ocho á diez quintales de carne salada, de diez á doce mil libras de queso, de diez á quince quintales de manteca, de treinta á cuarenta sacos de legumbres secas, de quinientas á seiscientas medidas de cerveza, y ocho á diez cubas de vino.

Es preciso ser un hábil piloto para dirigir semejante masa por entre los recodos, las rocas y los torbellinos del Rhin; así sucede algunas veces que se desprenden de la almadía algunos trozos, y aun que se sumerge toda entera. Por eso es por lo que los habitantes de las orillas del Rhin tienen costumbre de decir, que el dueño de una almadía necesita tres clases de capital, uno sobre el agua, otro en tierra, y el tercero en su bolsillo. Una almadía flotando sobre el rio, cuesta efectivamente á su dueño, 350 ó 400,000 florines, es decir, mas de un millon de nuestra moneda.

Consérvase como el nombre de un grande hombre el nombre de un batelero que ha conducido desde Mugancia á Dordrecht mas de cincuenta de aquellas grandes almadías sin que le sucediese jamás accidente alguno. Se llamaba Zung, de Rudesheim.

Seguimos la almadía con la vista durante algun tiempo, mas al llegar á la altura de Neuwied, llamó á su vez nuestra atencion un monumento completamente francés, situado en la orilla izquierda del Rhin; es la pirámide elevada por el ejército del Sambre y Mosa al general Hoche. Por este punto es por donde en efecto pasó el Rhin el 18 de abril de 1797, haciendo la casualidad fuese el mismo sitio por donde César habia pasado diez y ocho siglos antes, el año de Roma de 609.

De Neuwied á Coblentza no ofrece el Rhin ninguna otra cosa notable; así que está dispuesto todo de modo que se hace este trayecto entrada la noche.

Llegamos á Coblentza próximamente á las nueve, y nos alojamos en la fonda de los Tres Hermanos, por no dejar de ver el Rhin. Una media hora despues de mi llegada, habiendo visto desde mi ventana un puente muy bonito, quise ir á dar un paseo por allí; mas al primer paso que di por la calle, oí el; *quién vive!* de un centinela. Como no hablaba yo con bastante correccion el idioma del rey Fede-

rico Guillermo para dialogar con el soldado prusiano, el mas lacónico de todos los soldados del mundo conocido, juzgué mas prudente volver á entrar, y dejé para el siguiente dia ver el puente, que por magnífico que fuese, no me pareció sin embargo, que valia tanto como una bala de calibre.

Al dia siguiente, al bajar de mi habitacion, encontré en el salon comun á un banquero francés llamado Mr. Leroy, quien habiendo sabido mi llegada, iba á ofrecerse cortesmente á mi disposicion para todo el dia. Acepté con reconocimiento; almorzamos y salimos.

El famoso puente á donde habia querido ir el dia antes, y cuyo gusto me quitó el *¿quién vive!* del centinela, conduce á la aldea de Ehreimbrestein, situada en una encantadora calle de árboles que conduce á las aguas de Ems; al extremo del puente, á la izquierda, se encuentra un camino muy bonito: es el de la ciudadela.

La ciudadela tiene su historia especial. En un principio castillo fortificado, construido por Juliano Ehreimbrestein, comenzaba á arruinarse, cuando en 1153 el arzobispo Hellinus le restauró. Vino en seguida el elector Juan, margrave de Baden, quien añadió nuevas fortificaciones é hizo cavar un pozo de quinientos ochenta piés de profundidad.

En setiembre de 1795, Marceau bloqueó á Ehreimbrestein por espacio de un mes. En 1797 despues del paso del Rhin por Neuwied, Hoche le sitió á su vez, pero sin mejor éxito; en fin, en el momento del asesinato de los plenipotenciarios de Rastadt, apareció de repente ante la fortaleza un cuerpo de tropas francesas, sin que hubiese habido tiempo de abastecerla de víveres, de modo que al poco tiempo se hizo sentir en ella la escasez. No tardó en ser tan terrible el hambre, que se pagaba por un gato cuatro francos, por una libra de caballo cuarenta sus, y por un raton quince kreutzers. El coronel Faber, despues de haberse sostenido así seis semanas, entregó al fin la fortaleza en 27 de enero de 1799.

Apenas dueños de Ehreimbrestein, los Franceses, que le habian sitiado dos veces sin poderle tomar, comprendieron la importancia de semejante posicion, y no solo repararon las fortificaciones ya existentes, sino que construyeron otras nuevas. Estaban en lo mejor de su obra, cuando llegó la paz de Luneville. Entonces, juzgando inútil dejar en pié en beneficio de una potencia enemiga una fortaleza cuya importancia habian conocido, hicieron jugar las minas de tal modo, que al cabo de algunos dias, Ehreimbrestein se encontró completamente desmantelado.

Los Prusianos son gentes de órden. Cuando les

fué entregada Coblentza en 1814, se presentaron con una cuenta de gastos á Luis XVIII, y en virtud del antiguo proverbio que el que rompe paga, nos encargamos de los gastos de reconstrucción. Por su parte, los Prusianos, viendo que no les costaba nada, hicieron las cosas en grande. En último resultado, Ehreinbrestein fué reedificado por los planos de Montalembert y Carnot, y es tenida como la obra maestra de las fortificaciones modernas, lo cual es muy lisonjero para nosotros, puesto que ha sido hecha con el dinero de la Francia, y según los planos de dos franceses.

Nuestro pasaporte nos abrió las puertas, y llegamos á la azotea que domina el Rhin, la ciudad y todo el paisaje. Es uno de los panoramas mas magníficos que pueden verse.

Al extremo izquierdo, la vista se limita deliciosamente por la pequeña ciudad de Oberwerth, perteneciente al condado de Staffendorf; despues, dirigiendo la vista de izquierda á derecha, se detiene sucesivamente en el fuerte Alejandro, en la ciudad y sus monumentos; el palacio electoral, el palacio Metternicht, Winebourg, donde nació Metternich; la iglesia de Nuestra Señora, con sus dos campanas amarillas; la iglesia de San Castor, cuya fundacion atribuye una tradicion popular á Luis el Pio; la casa Teutónica, cuyo primer gran maestre fué Walpoll de Bassenheim; el Mosela,

pobre hija de Francia desposada con el extranjero, y á quien no puede consolar el magnifico puente que su viejo esposo le ha dado como una corona; el fuerte del emperador Francisco, á pocos pasos del cual se halla el sepulcro del general Marceau. Y entre el sepulcro y la aldea de San Sebastian, en medio de un grupo de álamos, el palacio á donde los príncipes franceses se retiraron en 92; en fin, á la extremidad derecha, Sein y Neuwied, por donde, como hemos dicho, pasó Hoche el Rhin.

En frente, en las montañas de Rubenach, donde el duque de Brunswick hizo su famosa proclama, se eleva la aldea de Metternich, cuna y propiedad de la familia del primer ministro de la corte de Viena, y que, como la familia, se llamada Metter antes de añadir nich á su nombre. Hé aquí cómo refieren la adición de ese monosilabo los Cherin del Austria.

En el siglo xv, habiendo dado un emperador de Alemania una gran batalla, vió huir á su presencia todo un regimiento, á excepcion de un solo hombre que quedó, y se defendió hasta que cayó sucumbiendo al número. El emperador hizo preguntar el nombre de aquel valiente: se llamaba Metter.

Por la noche dijo el emperador cenando, hablando del regimiento:

— Han huido todos, pero *Metter*, no. Nadie ignora que *no* en aleman se dice *nich*.

Hé ahí el origen del nombre Metternich. Como se ve, es un origen poco diplomático, pero que no por eso es menos noble.

Habia yo empezado por el lado mas agradable; restábame ver la fortaleza. El oficial prusiano me habia dado un cabo, con orden de no dejar de enseñarme ni una media luna. Me fué preciso visitar todo, desde las casamatas hasta los almacenes de pólvora; y cuando esto concluyó, es decir, despues de una hora de subidas y bajadas á través de la armería, almacenes, casernas, plataformas, fosos y poternas, el cabo se desesperó formalmente por no poderme enseñar el Griffou, que era una gran culebrina de peso de doscientos quintales, que lanza balas de ciento sesenta libras; pero el gigante habia sido trasladado á Metz, y cuando los Prusianos le volvieron á pedir, se les dijo que estaba ya hecho pedazos. Le dije para consolarle, que estaba muy satisfecho con lo que habia visto. Volví á montar en mi carruaje, perfectamente al corriente de los granos de pólvora que contiene un cartucho de una pieza de á cuarenta y ocho. Mia era la culpa; ¿porqué habia ido á una fortaleza?

Al bajar de la ciudadela, mi compañero, Mr. Leroy, quien al ver la religiosa atencion que habia prestado á mi guía, habia creido que tenia un gran placer en todas las obras de guerra, me dijo que podria ver tambien, si me agradaba, el fuerte del

emperador Alejandro y el del emperador Francisco; mas yo le di las gracias: habia hecho provision de hornabeques para largo tiempo.

Volvimos á pasar el puente y entramos en la ciudad. Para desquitarme de toda aquella arquitectura militar, me dirigí hácia San Castor. El nombre de Luis el Pio, su fundador, me habia atraído; mas la primera cosa que llamó mi atencion, fué una portada moderna. No obstante, examinándolo bien, encontré poco mas ó menos, la antigua basilica donde en 806 se celebró el famoso sínodo al que asistieron tres reyes y once obispos. Animado por el resultado, entré en lo interior y vi el sepulcro de santa Ritza, hija de Luis el Pio. Santa Ritza es una santa acaso poco conocida en París, pero muy venerada en Coblentza. En efecto, la gracia del Señor se habia manifestado para ella de una manera irrecusable. La buena santa vivia en Ehreimbrestein, y como tenia gran devocion á la iglesia de San Castor, construida por su padre, iba á ella todas las mañanas á rezar sus oraciones. En aquella época no existia aun en Coblentza el bonito puente que el centinela prusiano no me permitió ver á la luz de la luna. Pero santa Ritza, gracias á la fe ardiente que sentia, habia encontrado el medio de no necesitarle: marchaba sobre el agua, como hubiera hecho san Pedro si hubiera creido como ella, y de este modo, á presencia de todos, atrave-

15326

saba el río, que e contentaba con mojarla la planta de los piés.

Hacia dos ó tres años que santa Ritza hacia diariamente este paso milagroso con aquel éxito, cuando una mañana encontró el río muy alterado, efecto de una tormenta nocturna. Jamás habia visto su corriente tan rápida y agitada: un temor desconocido hasta entonces se apoderó de ella, y en lugar de ponerse encamino con su confianza habitual, no apoyándose mas que en su fe en el Señor, fué á una viña y cogió un rodrigon para sostenerse; mas apenas habia andado algunos pasos por el río, sintió que se sumergia gradualmente, de modo que no sabiendo nadar se vió en grande aprieto. Felizmente, renaciendo en ella su primitiva fe, arrojó lejos de sí el maldito rodrigon cuya inutilidad reconocia, y el río la volvió á sacar suavemente, la superficie: llegó á la otra orilla, sin que sus vestidos conservasen la menor huella de aquel accidente.

Ya se adivinará que despues de tal milagro, Ritza fué canonizada sin oposicion.

Por su parte, san Castor ejecutó otro milagro de distinto género, y que también tiene su mérito. En 1688, Luis XIV en persona puso sitio á Coblentza con el mariscal de Boufflers, y encargó á Vauban dirigiese las operaciones obsidionales. Vauban empleó en él su ordinaria celeridad. A los pocos

dias, el rey, á quien como se sabe no le gustaba esperar, habia mandado comenzar un bombardeo de los mejor combinados, cuando con gran admiracion suya vió izar sobre la iglesia de San Castor una bandera blanca con las flores de lis de Francia. Mandó preguntar qué significaba aquella bandera, y le respondieron que en su cualidad de iglesia francesa, fundada por Luis el Pio, San Castor se ponía bajo su proteccion. Luis XIV, que veia que el sitio, calificado de inútil por sus generales, amenazaba prolongarse mucho, se aprovechó de aquella ocasion para aparecer magnánimo, y levantó el sitio diciendo que no queria exponer á los estragos de un prolongado sitió una iglesia fundada por uno de sus antepasados.

La respuesta no era muy fuerte en historia, pero como convenia á los coblenteeses, no se mostraron meticulosos en cuanto á la genealogía.

Saliendo de San Castor, atravesamos una plaza en la que hay una fuente notable por su doble inscripcion: fué construida en 1812, en medio de las mil obras que ejecutaba á la vez con sus trescientos brazos el Briar imperial; y cuando estuvo terminada, el jefe del departamento del Rhin y Mosela hizo grabar las cuatro líneas siguientes:

Año 1812,

*notable por la campaña contra los Rusos,*

*durante la prefectura de  
Jules Dauzan.*

El 1º. de enero de 1814 se apoderaron los Rusos de Coblentza, y habiendo encontrado completamente nueva su general la fuente conmemoratoria, y apenas terminada la inscripcion, mandó grabar debajo :

*Visto y aprobado por nos, comandante ruso  
de la ciudad de Coblentza,  
1º. de enero de 1814.*

La chanza era bastante buena para un cosaco. Verdad es que este cosaco era un francés que estaba al servicio de los Rusos.

Atravesamos el puente del Mosela, uno de los mas bonitos que existen, y un camino que va de Suiza á Holanda, obra de Napoleon, nos condujo ante el sepulcro de Marceau.

### MARCEAU.

Era el 1º. de octubre de 1791, el consejo militar y el civil se hallaban reunidos en la casa ayuntamiento de Verdun, porque la ciudad estaba sitiada por los Prusianos, y el comandante Beaurepaire habia manifestado decididamente la intencion de defenderse, y los ciudadanos la de capitular. Habia mas, el populacho habia ya saqueado los almacenes de la guarnicion, desde el primer dia del ataque, que fué la antevíspera, es decir, el 30 de agosto.

En efecto, el 30 de agosto, desde por la mañana, la ciudad de Verdun, al despertarse, habia visto una parte del ejército prusiano acampado en las alturas del lado de San Miguel, situadas á dos mil pasos de Verdun próximamente, y que dominan la ciudad: otra parte del ejército habia llegado la vis-